

libros. ¿Han pasado los siglos?, se pregunta alguna vez «Azorín» cuando está en la quietud de una de sus plazuelas castellanas de un pueblecito que parecen haber aprisionado la eternidad. ¿Qué es el tiempo?, vuelve a preguntarse cuando ve a través de los siglos a un hombre de distintas épocas con la mano en la mejilla en silenciosa meditación. El sentimiento de melancolía es el mismo. ¿Ha pasado el tiempo? Por eso también con frecuencia en la obra de «Azorín» todo parece detenerse, y en su mudez cartuja sólo apenas se oye los pasos de la muerte.

El teatro de «Azorín», aunque poco conocido, es muy original y de valor permanente. En *Old Spain, Brandy, mucho Brandy* y en la trilogía *Lo invisible*, «Azorín» deja en el ánimo de los espectadores la preocupación por el tiempo y la muerte. Todas estas obras tienen cierto simbolismo.

Muy interesante son *Las confesiones de un pequeño filósofo* escritas en su primera época, índice de todos los principios azorinianos.

Compañero y amigo inseparable de «Azorín» es *Pío Baroja* (1877), otro de los miembros principales de la generación del 98, aunque él siempre niega la validez de ese rótulo que los agrupa. Hombre de carácter independiente, atrabiliario y paradójico, es un ejemplo de autodidacta, no escaso en España y muy característico de la generación del 98, acentuadamente individualista. Con marcada influencia nietscheana, Baroja se inclina al anarquismo en política y al personalismo más exagerado en literatura, aunque con los años se haga conservador. Este vasco, cuyo fondo insobornable, según expresión de Ortega y Gasset, le mantiene erguido y

casi hostil frente a toda una sociedad que él considera acomodaticia y burguesa, es el mejor novelista del siglo xx. Su novela supone una innovación respecto a la novela realista del siglo xix. El estilo es cortado, seco, rápido. Como «Azorín» tampoco gusta de la parrafada larga y de la digresión inútil. La intención es satírica. Su observación, penetrante y justa. En sus narraciones hay un aparente desorden motivado por la frecuente aparición y desaparición de múltiples personajes, que, con la misma sinceridad que caracteriza al autor, sólo aparecen para exponer de modo desconcertante sus originales juicios. Baroja, escéptico y rebelde, manifiesta siempre en sus novelas su admiración por la energía y la acción. Aun siendo un caso de intelectual típico se pone de parte de las fuerzas naturales de la vida. Las ideas le parecen algo sin importancia siempre que considera los principios vitales. De ahí su afición a componer novelas de aventuras, que en el fondo eso son *Las memorias de un hombre de acción* (la historia de su antepasado Aviraneta). Es Baroja un hombre en contradicción consigo mismo. Escritor recluso entre sus libros y papeles le hubiera gustado ser un aventurero o un conspirador del siglo xix. Posiblemente su inteligencia lúcida le impide la acción, aunque también le veda los placeres de la vocación cumplida. Baroja se siente fracasado en la vida, tiene una papeleta de suspenso en el arte de vivir y eso le amarga el sobresaliente que ha ganado en la literatura. Hombre sensible y tímido, con los arranques que esta misma timidez procura, Baroja se ha retratado fielmente en su libro *Juventud, egolatría*.

Dejando a un lado su ideología de tipo